

MODA PARA HOMBRES

El ojo ubicuo de la televisión miraba en el espectáculo de la moda masculina, y casi al mismo tiempo ponía a nuestro alcance la pasarela por donde desfilaba el atildamiento -o el afectado descuido- de los últimos modelos para el vestir del hombre, Fue entonces cuando un vecino de espíritu crítico, airado, dijo aquello de "a dónde vamos a llegar".

En realidad, las muestras que se proponían al espectador podrían considerarse de mayor o menor acierto, pero no dejaban de ser varoniles. Lo que molestaba al objetante, lo pude deducir en seguida, era más bien "el retintín", la premeditación, el que los hombres se ocuparan tan adrede de su propia vestimenta. Mejor dicho: que el tema trascendiera tanto y bajo focos de tal poder. Él venía de un tiempo en que la moda no desfilaba, reducida al papel cuché de los figurines profesionales. Y hasta se trataba de ella en un secreto penumbroso, de modo que los sastres oían a sus parroquianos casi en confesión. Si uno quería encargarse un traje y extremar en él los parecidos con la última moda, buscaba un momento propicio y casi con culpa sugería que el ancho del pantalón fuera sólo de 22 centímetros, o que la chaqueta tuviera rajadas en los flancos.

"Pero el bien vestir -opiné tímidamente- exigió siempre un previo cuidado, más preocupación -desde Petronio al duque de Windsor- que improvisación."

"Antes era otra cosa" -me respondieron con tozudez.

De manera que hablamos de otros tiempos. Los que podíamos alcanzar con el recuerdo eran más o menos los mismos para mi interlocutor que para mí. Empezaban en aquellos domingos republicanos de los primeros años treinta, con la gala de los pantalones muy anchos por abajo y el abrigo de color suave, quizá con cinturón, que si se alzaban las solapas podía hacer muy de cine. (El nudo de la corbata, amplio.) Vino la guerra y arrinconó aquellas frivolidades. Pero no se piense que tan severo trance arrumbase el cuidado de los hombres por su apariencia. Los de siempre, los gastadores de la moda -los que van delante-, sacaron gorros urgentes cuando los demás se contentaban con el brazalete en la manga. Luego el gorro de tela bordada, escalón para el gorro de cuero. En materia de correa aparecieron aquellos que eran por detrás un aspa y por delante dos tiras lustrosas desde las hombreras al cinturón de hebilla con símbolos. Y las vendas con calcetín blanco arrollado en la embocadura de

la bota, los capotes enriquecidos por dentro con el lujo de la piel blanca y comfortable. Más adelante, barbas y desaliños podían ser una manera, y de las más sutiles, para estar a la moda; sobre todo en la retaguardia. Acudió la paz y con ella una reacción contra toda incuria. Se llegó a poner multas por andar la calle de la ciudad en mangas de camisa y advino el momento triunfal del cuello duro. (El nudo de la corbata, estrecho.) Los merceros no creían lo que veían. En poco tiempo se agotaron las desahuciadas existencias de aquellas poleas: las blancas y enterizas para debajo del colodrillo, las articuladas para sujetar el cuello postizo por delante. Y surgió, como siempre, la vulgaridad que acarrea la masa imitadora: los que “siguen”, la moda tras de quienes la imponen o pactan con ella. Se iba a trabajar con cuello duro a la oficina y al taller, el dependiente de comercio y el arreglador de bicicletas. Los cuellos duros -redención de antiguas viudas planchadoras, de huérfanas de la guerra y monjas de clausura- jugaban con chaqueta de pana y con mono mahón azul. Y en pleno verano, cuando los mozos iban a la playa o al río, podía observarse sobre las piedras aquella alianza rígida del cuello con su corbata, mientras sus dueños se refrescaban bajo la obligada modestia del bañador completo. Luego fueron los trajes sport para ocasión, con su plétora de fuelles, pliegues y trabillas. (El nudo, pequeñísimo, sobre un alfiler que lo resaltaba.) Y los pantalones más estrechos que nunca, y las chaquetas larguísimas, luego otra vez todo al revés...

La evocación había dado sus frutos y el hombre reconoció que sí, que también entonces... “Ahora da gusto recordarlo -dijo-; como volver a vivir por aquellos trapos”. Lo aclaró aún más “Como si uno oye las canciones de entonces, lo del bésame mucho”.

Pero ya regresaba de la nostalgia, se rehacía, porque lo propio del celtibero, sobre todo si somos de tierra adentro, es no blandearse por nada. No explicó el porqué, sólo sentenció -sin apelación- que, de todos modos, en aquellos tiempos era otra cosa.

Antonio PEREIRA